

Cuerpos juveniles, género y lugares públicos en Barcelona

Nadja Monnet¹

Recibido: 25 de abril de 2017 / Aceptado: 13 de julio de 2017

Resumen. Reflexionaremos aquí sobre el lugar del cuerpo femenino en la ciudad a partir del caso de las niñas y adolescentes adoptadas en Barcelona. Sin pretender que tengan una manera distinta de vivir los espacios urbanos de Barcelona a la de las demás jóvenes de su edad, consideramos que sus testimonios son reveladores de fenómenos que afectan más generalmente al conjunto de las mujeres. El texto propone así mismo unas reflexiones históricas sobre el impacto de la dicotomía público/privado en el proceso de constitución de nuestras urbes contemporáneas y sobre el lugar dejado a los niños y las niñas en la ciudad.

Palabras clave: Adolescencia; niñez; espacio urbano; género; Barcelona.

[pt] Corpos juvenis, gênero e lugares públicos em Barcelona

Resumo. Propõe-se aqui uma reflexão sobre o lugar do corpo feminino na cidade através do caso de meninas e adolescentes adoptadas em Barcelona. Sem pretender que tenham uma maneira diferente das outras jovens da sua idade de viver os espaços urbanos de Barcelona, se considera que os seus relatos são reveladores de fenômenos que afetam as mulheres de modo geral. O artigo propõe também reflexões históricas sobre o impacto da dicotomia público/privado no processo de constituição das urbes contemporâneas e no lugar deixado na cidade para as crianças.

Palavras-chave: Adolescência; infância; espaço urbano; gênero; Barcelona.

[en] Youth Bodies, Gender and Public Spaces in Barcelona

Abstract. In this paper, we propose a reflection on the place of the female body in the city through the case of young adopted women in Barcelona. Without claiming that they have a different way to inhabit Barcelona urban spaces than other people of their same age, we consider that their experience shed light on phenomena that affect more generally all women. The text also proposes some historical reflections on the impact of the public/private dichotomy in the process of constitution of our contemporary cities and on the place left to the children in the city.

Keywords: Adolescence; childhood; urban space; gender; Barcelona.

Sumario. 1. Introducción: adopción y género en contexto urbano. 2. Género, niñez y lugares públicos: intrigas históricas. 2.1. Público/Privado: una racionalización del espacio urbano con consecuencias sobre los cuerpos femeninos. 2.2. Niños y niñas en las calles: ¿una historia de evicción? 2.3. No todas las miradas confluyen. 3. Explorando nuevas posturas. 3.1. Rutinas, reticencias y resistencias. 3.2. Ex-

¹ École Nationale Supérieure d'Architecture de Marseille - Laboratoire Architecture/Anthropologie UMR LA-VUE 7218 CNRS (Francia). Grup de recerca AFIN (Infancies, Families), Universitat Autònoma de Barcelona. E-mail: nadja.monnet@gmail.com

plorar, *flanear*, curiosear o pensar en sus cosas. 3.3. Dinámicas de grupo. 4. Aperturas: del impacto de los pasos de las adolescentes en la ciudad. 5. Referencias bibliográficas.

Agradecimientos: Este artículo forma parte de los resultados del proyecto *Adoptions and Fosterages in Spain: Tracing Challenges, Opportunities and Problems in the Social and Family Lives of Children and Adolescents*, I+D+i coordinado (CSO2012-39593-C02-01), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Estado español, y dirigido por Diana Marre que agradecemos aquí por su complicidad, atención y estímulo intelectual. Participó en la producción de datos Diana Arias. Con ella, quiero expresar aquí nuestro más sincero agradecimiento a las y los jóvenes que han aceptado participar en el proyecto, por su tiempo y su colaboración. Agradecemos también a sus padres que nos han autorizado a salir a pasear con ellos. Con la mayoría hemos realizado también entrevistas. Estamos pues muy agradecidas a todos ellos ya que sin su participación este estudio no hubiera sido posible.

Cómo citar: Monnet, N. (2017): Cuerpos juveniles, género y lugares públicos en Barcelona, *Sociedad e Infancias*, 1, 127-145.

1. Introducción: adopción y género en contexto urbano

En el marco de la investigación anteriormente mencionada, nos interrogamos sobre los usos del espacio urbano barcelonés por parte de niños y niñas que fueron adoptados transnacionalmente y que hoy son adolescentes. Sin postular que tengan un uso distinto de la ciudad que sus coetáneos, nos interesó revelar cómo dichos jóvenes² negocian su pluri-pertenencia cuando se desenvuelven en los lugares públicos de la ciudad de Barcelona, no acompañados de la presencia de adultos. Sin adentrarnos en las características catalanas de la adopción de niños y niñas extranjeros³, cabe precisar que su *boom* a inicios del siglo XXI coincidió con un aumento espectacular de extranjeros atraídos por esta ciudad que estaba alcanzando el rango de las grandes metrópolis internacionales. Miles de personas llegaron en busca de mejores recursos o como lugar de tránsito hacia otros países europeos. Otras, no menos numerosas, se instalaron en ella atraídas por la calidad de vida o porque la sede de sus empresas se había trasladado a este nuevo punto neurálgico de las redes internacionales. En este momento sin precedentes, se cruzan flujos de población de índole muy diverso. A la vez invisibilizados por estos amplios movimientos de población y sobrevisibilizados en ciertos contextos, constatamos una cierta “(con)fusión” vivida por los jóvenes adoptados que, debido a los signos visibles de haber nacido fuera de Cataluña y España, son asociados a menudo por el *quidam* de la calle con las personas inmigradas.

² En el presente texto la categoría “jóvenes” está utilizada para unir dos periodos etarios habitualmente tratados de manera distinta en los estudios urbanos (la niñez y la adolescencia) con la idea de que la juventud se inicia con las primeras incursiones en la ciudad sin estar acompañados por adultos.

³ Dado que la cuestión de la adopción no es el eje principal de reflexión aquí, sino el punto de inflexión que nos llevó a adentrarnos en la cuestión del género, no nos extenderemos aquí sobre las especificidades del contexto catalán. Sin embargo, para dar una idea de la amplitud del fenómeno, mencionaremos que en el 2004, España se convirtió en el segundo estado con mayor número de niños adoptados en el extranjero, detrás de Estados Unidos. Entre 1998 y 2013, fueron poco menos de 13.000 niños y niñas los que llegaron a Cataluña a través de la adopción. Para más detalle, véase Monnet, San Román y Marre (2016).

Planteamos así que esta “(con) fusión” les ubica en un “fuera de lugar”⁴, que les lleva a experimentar la paradoja de la cercanía y la lejanía: cercanos porque viven en la sociedad de la cual sus padres adoptivos son originarios, pero lejanos en tanto son vistos como diferentes debido a sus características físicas. A pesar de tener un estatus legal de pleno derecho, a menudo se les pide justificar sus diferencias (Monnet, San Román y Marre, 2016).

En la versión inicial del proyecto contemplábamos en nuestra hipótesis que las y los jóvenes adoptados, nacidos en el extranjero, en el momento del traspaso del umbral de la infancia a la adolescencia, viven la contradicción y el choque, en aquellos casos en que sus rasgos fenotípicos están estigmatizados, de pasar de una vida protegida por sus padres a una situación de agresión en ciertos espacios públicos. Al mismo tiempo, planteábamos la posibilidad de aceptación o no de esta estigmatización, y por lo tanto considerábamos necesario evaluar, en ambos casos, qué consecuencias tenía en la sociabilidad y relaciones familiares de las y los jóvenes adoptados. Postulamos que abandonar los límites de su vecindario, donde en mayor o menor medida son conocidos, para pasar a zonas de anonimato podría representarles un riesgo mayor de caer en el estigma que afecta a las personas nacidas en el mismo país que ellos. Sin embargo, no quisimos obviar la posibilidad de que busquen estos espacios como mecanismo de refuerzo de una identidad impuesta socialmente.

Partimos de la premisa de la capacidad de agencia de los niños, niñas y adolescentes en general y de los adoptados en nuestro caso, alejándonos de las perspectivas que ven a los jóvenes como ingenuos o inmaduros. Consideramos necesario contemplar los usos, tanto de los lugares públicos como de los estigmas, como herramientas que les permiten negociar su condición situacionalmente. Dichas hipótesis se vieron matizadas a lo largo de la investigación y las discutiremos aquí sólo parcialmente, poniendo el énfasis en cuestiones de género aunque éstas estén estrechamente vinculadas con otros tipos de discriminaciones.

Nuestros interlocutores fueron coproductores de datos que realizamos a partir de entrevistas pero sobre todo de paseos urbanos en su compañía. Después de una primera entrevista para explicar el proyecto a las y los jóvenes y a sus padres adoptivos, Diana Arias realizó entre dos y seis recorridos acompañada por cada uno de aquellos, inspirándose en la metodología de los itinerarios propuesta por Jean-Yves Petiteau y Elisabeth Pasquier (2001) y de los recorridos comentados por Jean-Paul Thibaud (2001)⁵. Seguirlos en sus trayectos cotidianos nos ayudó a entrar en sus trayectorias de vida. Nos permitió abordar aspectos de sus vivencias difícilmente alcanzables en una entrevista cara a cara, aunque sea sentándose confortablemente en un sofá. Estimamos fundamental valorar la capacidad de agencia de niños, niñas y adolescen-

⁴ Hemos optado por hablar de «fuera de lugar» más que de «entre-lugares» porque la adopción internacional introduce cuerpos con estatus particular: cuerpos a la vez dentro y fuera de la sociedad catalana, pero que han crecido en el seno de su intimidad. Para la gran mayoría no pueden ser considerados como “pasarelas” entre dos culturas ya que muchos de ellos llegaron a Cataluña con tan sólo algunos meses de vida y por lo tanto desconocen por completo su supuesta “cultura de origen”.

⁵ Se hizo un total de 42 recorridos entre los meses de noviembre de 2014 a mayo de 2015. Para más información respecto a la metodología utilizada, referirse a Arias (2017). Precisamos que de los 17 participantes, 11 eran chicas de entre los diez y veinte años. Aunque aquí la variable adopción no es la más importante para el análisis, mencionaremos que los y las jóvenes con quienes hemos trabajado proceden de las zonas del mundo donde los catalanes adoptan más frecuentemente: dos personas nacidas en América Latina (concretamente Nicaragua y Colombia), dos en Rusia, siete en Marruecos, cuatro en China y dos en Etiopía.

tes en la construcción y gestión del conocimiento, considerando que son individuos con capacidad para crear, adaptar y solucionar sus problemáticas con los elementos sociales y culturales que se les presentan. Su mirada hedonista o crítica frente a los espacios públicos permite explorar su visión del mundo, su capacidad de interlocución y su potencia para la observación de los territorios; una batería de insumos que puede incluso albergar elementos valiosos para las políticas públicas con respecto a la ciudad infantilizada que se les ofrece u otros temas que les preocupan, les asustan o cuestionan tales como la limpieza de las calles, la circulación de los automóviles, la pobreza palpable en las calles con la presencia de mendigos y personas sin techo, el alcoholismo y la drogodependencia, entre otros (Arias, 2017: 98).

Las diferencias de percepción y de uso del espacio en función del sexo de nuestros interlocutores se hizo cada vez más patente entre los testimonios producidos. Presentaremos aquí estos resultados, preguntándonos cómo se sitúan las jóvenes encontradas en el contexto urbano, cómo utilizan la ciudad, cómo la habitan, entendiendo el habitar en el sentido planteado por Angela Giglia (2013); es decir, cómo se sitúan estas jóvenes en un espacio físico en un momento dado en el que se despliegan formas propias, aprendidas e improvisadas de ser y hacer en medio de los códigos de la ciudad.

Después de unos apuntes históricos (sin pretensión de exhaustividad) sobre la construcción de las ciudades occidentales que permite explicar la lenta desaparición del uso de las calles por parte de ciertas partes de la población (mujeres, niños y niñas), exploraremos algunas estrategias de resistencia y de liberación de las cuales habla Michel de Certeau (1999) para calificar las prácticas cotidianas que, antes de la publicación de su libro *La invención de lo cotidiano*, se solían interpretar como el tiempo repetitivo de la alienación y del consumo: día a día, en sus intimidades, las y los ciudadanos inventan, contornean e innovan en sus rutinas. Cada uno inventa cotidianamente espacios, “maneras de hacer” y una manera de estar en respuesta al peso de las estructuras políticas.

2. Género, niñez y lugares públicos: intrigas históricas

En los lugares públicos toman cuerpo las tensiones sociales, pero también las iniciativas de resolución de conflictos generados por malentendidos o por la no aceptación de las reglas y maneras establecidas de hacer/pensar. A pesar de los logros de la emancipación femenina, en nuestras ciudades occidentales, pocas veces el cuerpo femenino pasa desapercibido. Suele más bien desatar comentarios (tales como los piropos) o miradas entre los demás peatones. Régine Robin en su decisión de *flânear* sola en las megalópolis occidentales considera que “el hecho de ser una mujer entre dos edades, no forzosamente una turista pero claramente una extranjera, una *flâneuse* insólita, no es ajeno a las dificultades que encuentr[a]”⁶ (Robin, 2009: 24). Prosigue insistiendo en que estas realidades la fragilizan, exponen su cuerpo. Las tiene en cuenta en su exploración de Nueva York, Los Angeles, Tokyo, Buenos Aires y Londres, ciudades que ha elegido para experimentar caminatas urbanas en búsqueda de la comprensión de sus pulsos. Hoy en día, aunque los lugares públicos estén

⁶ La traducción de las citas de textos escritos en otro idioma distinto al castellano han sido realizadas por la autora del presente artículo.

considerados como abiertos y disponibles para todos, no todo el mundo es aceptado en su seno de la misma manera.

2.1. Público/Privado: una racionalización del espacio urbano con consecuencias sobre los cuerpos femeninos

Para entender el proceso que ha conducido a tal situación nos parece pertinente interrogar la lenta elaboración de la dicotomía público/privado que lejos de ser nociones universales, nacen en un contexto socio-histórico y geográfico particular. En la abundante literatura sobre las nociones de espacio(s) público(s) – que prolifera de manera exponencial desde finales de los años 1990 y con posturas a veces antagónicas – los autores parecen estar de acuerdo en afirmar que estas nociones están estrechamente vinculadas al nacimiento de la ciudad occidental. Historiadores como Philippe Ariès y Georges Duby (1999), Michelle Perrot (2013) o incluso Leonore Davidoff y Catherine Hall (2014), entre otros, han puesto en evidencia la lenta e ineluctable separación entre las esferas privadas y públicas en el contexto de las ciudades modernas occidentales. Ésta empieza a perfilarse en el siglo XVI con la emergencia de la noción de individuo, junto a la aparición de la idea de intimidad. Sutilmente y poco a poco (pero con más fuerza en el siglo XIX) se asignan lugares diferenciados a los cuerpos masculinos y femeninos. Las mujeres son paulatinamente confinadas a las esferas domésticas mientras que el espacio exterior al domicilio se vuelve el ámbito privilegiado de los hombres.

Varios son los análisis feministas (en geografía, historia, filosofía y antropología ante todo) que han puesto de relieve que el cuerpo femenino está invadido por las palabras del otro sexo. Esta situación genera en las jóvenes y mujeres la necesidad de estar atentas en sus recorridos en solitario por los lugares públicos urbanos. En estos, muchas de ellas experimentan un sentimiento de vulnerabilidad que denota relaciones de poder del conjunto de la sociedad. Como bien subraya Manuel Delgado (2007: 225), hasta hoy en día, tildar “de la calle” a la población femenina o masculina no tiene el mismo efecto. Hablar de “una mujer de la calle” no convoca los mismos imaginarios que “un hombre de la calle”. Un hombre público no es el equivalente de una mujer pública. El adjetivo no tiene la misma connotación cuando se aplica a los hombres o a las mujeres: valora a los primeros y los propulsa al rango de ciudadanos, mientras que desvaloriza a las segundas y las rebaja a la categoría de prostitutas. Es más, prosigue el mismo autor: “Lo contrario de una mujer pública es una mujer privada. No una mujer que disfruta de vida privada, sino una mujer que es propiedad privada de un hombre y accesible sólo para él” (Delgado, 2007: 226-227); por lo tanto, es una mujer cuyos movimientos en la ciudad son cuidadosamente vigilados y controlados. Entre estos estudios, ciertos autores y autoras sostienen incluso que las ciudades europeas serían muy distintas si las relaciones de género (es decir, las relaciones de poder que se instalan entre seres sexualmente diferenciados, contruidos como “hombres” y “mujeres”) se hubieran elaborado de otras maneras.

Iniciada en el siglo XVII, la remodelación de los lugares públicos⁷ – hacia los cánones que conocemos hoy en día – reestructura la ciudad arquitectónica y social-

⁷ Se habla intencionalmente de “lugares públicos” y no de “espacios públicos”, siendo este último término abundantemente utilizado hoy en día y no exento de polémica. Para una buena síntesis del debate en torno a la emergencia de esta noción remitirse a Tomas (2001).

mente: las calles se ensanchan y se descongestionan de una multitud de objetos y actividades que la ocupaban en el Antiguo Régimen para volverse ejes de circulación y de paseos; los parques se abren al público y las plazas toman nuevas formas y permiten grandes asambleas que reúnen poblaciones de horizontes muy diversos. Se multiplican los espacios destinados a las franjas etarias más jóvenes de la sociedad con la construcción de escuelas (respondiendo a la implantación de la escolaridad obligatoria) y parques infantiles que se vuelven nuevas centralidades en los barrios. Los niños y las niñas son sometidos a un control cada vez más intenso de sus movimientos en las calles. De esta manera, con el nacimiento de estas grandes ciudades modernas, y a pesar de los lemas de la Revolución francesa (libertad, fraternidad, igualdad), las mujeres burguesas y sus hijos fueron poco a poco asignados a la residencia familiar. Si querían salir, tenía que haber un motivo de peso para hacerlo: realizar tareas indispensables para el bienestar de los miembros de la familia (ir al mercado, lavar la ropa, acompañar a los niños a la escuela o al parque, etc.); ni las mujeres ni los más jóvenes debían permanecer en las calles porque esto era considerado entonces un signo de poca educación.

2.2. Niños y niñas en las calles: ¿una historia de evicción?

Se suele decir que antes de la revolución industrial, la calle era el lugar de aprendizaje y de educación para los niños. Sin pretender repasar aquí la historia de nuestras ciudades, me limitaré a plantear grandes hitos respecto al sitio acordado a los niños, niñas y adolescentes en las ciudades occidentales. Sostengo la hipótesis de que paralelamente a la emergencia de los lugares públicos (en tanto que espacios característicos de las grandes urbes que nacen con la modernidad) las ideas de niñez y adolescencia emergen y se precisan con más fuerza para constituir categorías sociales distintas de la de los adultos. Paulatinamente niños, niñas y adolescentes son pensados y teorizados como categorías sociales relevantes al mismo tiempo que son apartados de la vida pública en general y urbana en particular, confinándolos en lugares especiales para ellos.

El demógrafo Hervé Le Bras (2015: 35) pone de relieve que, históricamente hablando, el niño pocas veces fue bienvenido en las ciudades y que a menudo, hoy en día, no encuentra su lugar. Se suele decir que el sentimiento parental que permite el nacimiento de la noción de niñez se desarrolla cuando baja la tasa de mortalidad infantil. Le Bras (2015: 37) matiza esta visión comentando que la sensibilidad hacia los niños cambia a partir del siglo XIV e independientemente de los parámetros demográficos, ya que la mortalidad infantil y juvenil empieza a disminuir notablemente a partir de finales del siglo XVIII. Añade que la insensibilidad a la niñez fue más duradera entre las clases populares que entre las esferas altas de la sociedad y más tangible en las ciudades. Con más agudeza, a partir del siglo XVIII, la ciudad fue considerada como nociva para los niños y las niñas y se aconsejaba alejarlos de ella, confiándolos a madres de leche en sus primeros años para que se beneficiaran del aire del campo y mejoraran así su crecimiento. Muchos morían antes de llegar al pueblo y las mujeres en condiciones de dar el pecho volvían a buscar a otros a la ciudad más cercana, acabando por amamantar a un número casi igual de niños ajenos a la familia que a los suyos propios. La niñez urbana era por lo tanto y ante todo la de las clases menos acomodadas que no tenían medios para pagarse dicho servicio.

Son varios los autores que retratan una verdadera historia de expulsión de la niñez en las ciudades, iniciándola más bien a mediados del siglo XX con la aparición de los automóviles. Estos autores no temen en calificar la niñez urbana actual de “criada en cautividad”, como la última expresión de este proceso. Pocos son los que subrayan las diferencias entre clases sociales y que permiten explicar que la presencia infantil en las calles responde a razones complejas y diversas, matizando la hipótesis de una expulsión paulatina e ineluctable de estos usuarios en las grandes ciudades actuales. Según Hervé le Bras, en Francia, las estadísticas muestran que la tendencia a alejar a la prole del centro urbano sigue siendo preponderante entre quienes tienen medios económicos para hacerlo. Concluye su texto (Le Bras, 2015: 43) subrayando que si en la Edad media se decía que el aire de la ciudad volvía libre, hoy en día parecería (según las estadísticas que demuestran que se vota menos a la extrema derecha en los centros urbanos que en las periferias) que vivir en los centros urbanos permite sensibilizarse a la diversidad. Sin embargo, este privilegio concierne a, cada vez, menos a niños y niñas que siguen siendo enviados a las periferias, pero esta vez con sus padres (que deciden mudarse a la periferia al empezar a tener hijos) y con una probabilidad de mortalidad casi inexistente respecto a la del siglo XVIII.

Analizando la dicotomía público/privado vemos que se puede establecer un paralelismo entre su consolidación y el alejamiento de los niños y niñas del espacio de la calle. Al mismo tiempo que se consolidan las esferas públicas y privadas (proceso que toma sus raíces en el Renacimiento pero que se configura paulatinamente sobre todo a partir de finales del siglo XVII, bajo el impacto de las reformas puritanas y la filosofía liberal individualista), las mujeres burguesas se ven relegadas a los espacios interiores y una mirada distinta se elabora poco a poco sobre la franja etaria que calificamos hoy en día de niños, niñas y adolescentes. Es también con esta separación de ciertas personas (las mujeres y los más jóvenes) del bullicio de las calles que se transmiten de manera temprana roles sexuados específicos, es decir, un reparto de tareas específicas con distinción de sexos⁸.

Cuando las leyes prohíben el trabajo infantil y obligan a los niños a asistir a la escuela, indirectamente se limita su uso de la calle y se les da una atención especial que hasta entonces no existía; se les aparta de la vida de los adultos, poco a poco, para considerarlos como un franja etaria particular y paralelamente se crean lugares de diversión específicos para ellos. Michelle Perrot (2011: 87-91) explica que en Francia es sólo a partir de la segunda década del siglo XIX cuando se empieza a diferenciar tempranamente entre niños y niñas. Para esta historiadora, esta distinción se inicia con la creación de las guarderías (entonces llamadas *salle d'asile*). Estas “salas de asilo” estaban organizadas por mujeres filantrópicas, preocupadas de la salud de las clases obreras. Recibían a niños a partir de los 4 años o a veces más pequeños mientras sus padres trabajaban. La distinción entre niños y niñas apareció a partir del momento en que se introdujeron juegos en el seno de estas guarderías; porque si en un primer momento estos centros fueron espacios donde se “aparcaba” a los pequeños, poco a poco voces discordantes consideraron que había que tenerlos ocupados y renunciar a dejarlos inmóviles todo el día. Son las actividades que se organizaron y más específicamente los juegos introducidos en estos espacios que diferenciaron

⁸ Es interesante notar que la denominación “adolescente” se utilizaba en un primer momento para describir a los chicos púberes de la burguesía: paulatinamente la noción incluye a los de las clases populares y finalmente a las jóvenes de todas las clases sociales (Thiércé, 1999).

poco a poco en la primera infancia a niños y niñas, dando muñecas a las chicas, y quillas y soldados a los niños.

La obligación de ir a la escuela creó también una sociabilidad de barrio que tal vez no existía de la misma manera antes y que se está quebrando hoy en día por varios motivos; uno de los cuales, según varios autores, es la posibilidad de elegir un colegio más apropiado a las convicciones de los padres y no apostar por inscribir su hijo o hija en el del barrio donde uno reside. La encuesta por cuestionario del grupo canadiense de investigación *Ciudad y movilidad*, realizada en Montréal y Trois-Rivières entre 2006 y 2008, mencionada por Paul Lewis y Juan Torres (2010), muestra cómo el tejido de inter-conocimiento entre habitantes de un mismo sector se difumina y los niños perciben la ciudad a través de la ventana de un coche o de un autobús, privándoseles del contacto directo con su lugar de residencia que se reduce al lugar donde uno duerme y a veces come, mientras que la mayoría de las actividades del día se desarrollan en otras partes de la ciudad.

Si el juego es tan viejo como la especie humana, los espacios dedicados a ello son una invención de la modernidad. Dominique Gauzin-Müller (2015: 99-100) escribe que la historia de los parques infantiles refleja la de la industrialización, de la rápida urbanización e incluso a veces del deseo de controlar los divertimientos de los jóvenes para poder controlar mejor los actos de los futuros adultos. Según esta autora, las primeras áreas de juego (*playgrounds*) aparecieron en Inglaterra y en Estados Unidos como consecuencia del éxodo rural de la segunda mitad del siglo XIX provocado por la industrialización, aunque un médico alemán preocupado por mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos ya había inventado algunos decenios antes el concepto de *Kinderspielplatz*, subrayando los vínculos entre salud y calidad de la vivienda. Los objetivos de los primeros espacios de juegos planificados (a menudo reservados para las escuelas durante el horario escolar y abiertos al público el resto del tiempo) eran múltiples: favorecer el ejercicio físico de los pequeños, lugares para enseñar las pautas del *fair play*, así como “canalizar la energía de los niños de clases obreras que vagaban en las calles de ciudades cada vez más densamente pobladas” (Gauzin-Müller, 2015: 100). Esta investigadora precisa que en Estados Unidos, en 1920, alrededor de 700 áreas de juegos fueron planeadas y realizadas participando del sueño americano de la integración de los inmigrantes. Se pensaba que a través de ellas se lograría la completa asimilación de los futuros adultos. Concebir áreas de juego a principios del siglo XX era pues claramente una cuestión política. Poco a poco se opera así una distinción entre las actividades de calle, connotadas como desorganizadas y sin reglas, y las de las áreas de juego vigiladas en las cuales se enseña a los niños y niñas “cómo tienen que jugar”.

A finales de los años 1970, Philippe Ariès se preocupaba de la desaparición de los usos espontáneos de la calle por parte de los niños y consideraba que la deserción de este tipo de público era la señal de una transformación de nuestras ciudades hacia “anti ciudades” (*antivilles*), o aún “no ciudades” (*non villes*), según sus propias expresiones. Sin abundar en este pesimismo, y convencida de que este movimiento de deserción de la calle por parte de los niños se inicia mucho antes, me parece interesante la observación de Philippe Ariès que vincula los usos del espacio urbano por parte de los jóvenes a un cambio de concepto de ciudad. Como bien concluía el autor, no se trata tanto de suprimir la ciudad, bajo el pretexto de proteger a la familia y al niño, sino de incorporar a la niñez a la ciudad. Él hablaba de reintegrarla pero por lo que hemos descrito anteriormente considero que nunca fue plenamente incorporada.

En este sentido, el análisis de las maneras de habitar la ciudad por parte de los y las jóvenes permite desvelar los mecanismos de nuestras sociabilidades urbanas actuales y considero que puede permitir también revelar los cambios que está viviendo actualmente la dicotomía público/privado. Parafraseando el título de un artículo de Clément Rivière (2012), los niños son reveladores de nuestras relaciones con los espacios públicos. Así, por ejemplo, la tendencia actual que quiere eliminar cualquier tipo de peligro y apuesta por la seguridad absoluta se percibió claramente en los desplazamientos y maneras infantiles de ocupar/utilizar los espacios urbanos que hemos podido presenciar. Los testimonios de nuestros interlocutores evidencian claramente que la exploración de la ciudad sin adultos es difícil para las niñas, los niños y adolescentes con quienes hemos trabajado. Se les ponen constantemente trabas. Sus testimonios revelan la poca autonomía que tienen en el espacio urbano actual. Esto se debe a varios factores. Los que se suelen mencionar son la relación padres/hijos que se elaboró poco a poco a lo largo del siglo XX y que tiende a la sobreprotección; la gestión del tiempo (se lo inscribirá en una actividad extraescolar antes de dejarlo jugar libremente en el parque delante de casa); cuestiones de comodidades (va más rápido y además se considera que es más seguro llevar al niño en coche que dejarlo hacer el trayecto caminando aunque sea acompañado por sus amigos); de seguridad y de percepción de peligros reales o supuestos a los cuales participan tanto la familia como otras instituciones (entre ellas, la escuela pero no únicamente) (Monnet y Arias, 2016; Monnet, 2016).

2.3. No todas las miradas confluyen

El imaginario dominante del inicio de las grandes metrópolis parece haber representado a la calle como el lugar de todos los peligros. En estos retratos se suele insistir en el contexto de “misoginia dominante”, atribuyendo a las mujeres no sólo una mayor debilidad muscular, sino también una endémica vulnerabilidad mental que les habría impedido enfrentarse al peligro urbano. Se hace referencia entonces a la calle como arriesgada, llena de hipocresía y de encuentros imprevisibles, susceptible de pervertir a los seres más rectos. En este contexto, mujeres y niños no podían desplazarse sin el ojo benevolente y el brazo musculoso de un ser masculino para las mujeres o la compañía de adultos para los más pequeños. Según esta manera de ver, se considera a las mujeres y a los más jóvenes como seres débiles que hay que proteger de las trampas del mundo de las apariencias y de los simulacros que comporta la vida urbana. Construyéndolos como seres frívolos e/o inocentes en el caso de las mujeres, y como inmaduros y frágiles en el de los niños y las niñas, se les aparta de la calle. La calle parecía entonces representar un verdadero peligro para cualquier ser femenino o infantil, tal como lo dejan entender los manuales de buenas conductas del siglo XIX y principios del XX. El mensaje que estos libros de *savoir-vivre* transmitían era la voluntad de transformar a cualquier mujer en perfecta “ama de casa”⁹ recomendando a sus lectoras no exponerse para no perder su reputación y dejar el campo libre a los hombres supuestamente más capacitados para enfrentar los peligros del desorden urbano. Este modelo fue hegemónico y logró difundirse eficazmente tanto en las clases aristocráticas como entre las populares, creando separaciones cada vez

⁹ Sobre la construcción del ideal burgués de la mujer “ama de casa” que cuida del “dulce hogar”, véase el capítulo “Sweet Home” de Catherine Hall en Ariès y Duby (1989: 53-94).

más nítidas entre el interior y el exterior de los hogares, entre los espacios íntimos y los espacios colectivos.

Ante este panorama de encierro de la población femenina y juvenil, algunos autores defienden la hipótesis según la cual la urbanización coincidiría con la intensificación del patriarcado; mientras otros matizan esta visión, subrayando el nacimiento de las ciudades modernas como un momento tan liberador para las mujeres como para los hombres. Sin embargo, resulta difícil conocer estas experiencias femeninas e infantiles porque nos han llegado muy pocas huellas de éstas, ya que el discurso sobre la ciudad ha sido durante numerosas décadas movilizado por escritores y pensadores masculinos y poco proclives (aunque con notables excepciones) a interesarse por la mirada femenina e infantil sobre su entorno urbano.

Ya a mediados de los años ochenta del siglo pasado, Janet Wolff (1985) subrayaba que la sociología moderna no se interesó en las experiencias de las mujeres en la vida urbana¹⁰. Un decenio más tarde, Jacqueline Coutras (1996: 98) argumenta lo mismo y precisa que las descripciones y los análisis de interacciones en los espacios públicos por autores que se reclaman herederos de los estudios de Robert Park, Georg Simmel, Louis Wirth o Gabriel Tarde presentan personas asexuadas y los términos utilizados para caracterizarlas (el extranjero, el noctámbulo, el aventurero, el *flâneur*, etc.) siempre están declinados en masculino. Hoy en día, si la situación ha mejorado algo, siguen siendo pocos los estudios que se interesan en estos temas desmarcándose conscientemente de los sesgos que acabamos de mencionar¹¹.

Para Elizabeth Wilson (1991), en las ciudades, las mujeres, tanto en el siglo XIX como en el XX, disfrutaron de una libertad mucho mayor de lo que nos quieren hacer creer ya que en el seno de las grandes urbes, las jerarquías existentes en pequeñas ciudades o pueblos se diluyen, lo cual permite igualmente a las mujeres experimentar el desarraigo y la libertad de movimiento características de las metrópolis. Según esta autora, en medio de la muchedumbre, también la mujer habría estado protegida por el anonimato tan bien descrito por Colette Pétonnet (1987), lo cual le habría permitido explorar a su manera lo urbano. Pero la pregunta queda abierta ¿cuáles fueron y cuáles son las maneras propiamente femeninas de enfrentarse a lo urbano? Janet Wolff (1985) considera que la abundante literatura sobre la naturaleza fugaz y transitoria de los encuentros característicos en las metrópolis no se corresponde con la mayoría de las experiencias femeninas vividas ¿Cuáles son pues dichas experiencias? ¿Cómo son vividas?

3. Explorando nuevas posturas

Durante mucho tiempo – y, a veces, sigue siendo así –, la autoexclusión de ciertos lugares públicos de buena parte de las mujeres podría considerarse como una estrategia femenina para no exponerse a situaciones desagradables, o porque la educación

¹⁰ A mi entender, existe por lo menos una valiosa excepción que parece confirmar la regla: una serie de textos de Georg Simmel escritos entre 1908 y 1918 en los que analiza la relación de las mujeres con el espacio y que han sido reunidos en el segundo tomo de la compilación de textos traducidos al francés, titulada *Philosophie de la modernité; la femme, la ville, l'individualisme* (Paris: Payot, 1989).

¹¹ En el ámbito de los estudios literarios, cabe destacar el trabajo de Catherine Necsí (2007) quien analiza las figuras urbanas de las *flâneuses* en la literatura del siglo XIX.

recibida lo prohibía; o porque cuando las mujeres se aventura(ba)n a penetrar en ellos, las miradas de los hombres les hacían sentir que no eran bienvenidas. Como lo expresó ya claramente Erving Goffman (1977), la polarización entre los sexos es un proceso social que permite justificar desigualdades de tratamiento. Cuando estas desigualdades se vuelven inaceptables, los discursos sobre las diferencias de sexos tienen posibilidades de diluirse. Así, la sexuación del espacio no consigue devaluar del todo las virtudes del espacio urbano. La principal ventaja de la vida urbana moderna consiste en permitir a los ciudadanos elegir cómo quieren ser, liberándose de las presiones comunitarias y de la “cárcel” de las tradiciones¹².

Las mujeres no han esperado a ser incluidas en el mundo del trabajo para estar presentes en los lugares públicos. De hecho nunca dejaron de frecuentarlos. Si difícilmente se puede negar que la ideología burguesa haya tenido notables repercusiones en los usos femeninos de los espacios urbanos a lo largo de los siglos XIX y hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, las mujeres no se quedaron sin salir a la calle. Como hemos mencionado anteriormente, lo hacían para cumplir con sus tareas hogareñas pero en estos recados domésticos su presencia no era sinónimo de visibilidad. Las mujeres burguesas y sus empleadas frecuentaban ante todo los lugares públicos para servir mejor a la familia y las obreras recorrían la ciudad para ir a trabajar. Su legitimidad en los espacios públicos se circunscribía al espacio destinado a la familia: el espacio residencial. Numerosas mujeres del siglo XXI no parecen haber conseguido separarse de dichas tareas¹³ y sus trayectos urbanos siguen fuertemente influenciados por su papel de amas de “casa”, papel asumido cada vez más a tiempo parcial que compaginan con un trabajo y otras obligaciones (¿necesidades?) de nuestras vidas contemporáneas.

Las salidas de las escuelas, de las guarderías y las entradas de los supermercados, en Barcelona, siguen siendo aún espacios ante todo ocupados por las mujeres y a partir de los cuales éstas organizan cognitivamente su mapa mental del espacio urbano. Así, aunque las mujeres estén menos confinadas en los espacios interiores, su identidad sexual sigue teniendo un papel importante cuando se desplazan en los espacios públicos. Parecería entonces que la presencia femenina en los lugares públicos sabotea su derecho a disfrutar de los beneficios del anonimato que preside las relaciones entre desconocidos en estos espacios. Las mujeres no parecen beneficiarse del anonimato de la misma manera que los hombres. Paradójicamente, en la calle, la misma mujer que está “invisibilizada” en tanto sujeto social, sufre de una “hipervisibilización” como objeto de atención. Piropos, invitaciones a tomar un café,

¹² Así, por ejemplo, Constanza Jacques, en su estudio no publicado sobre los homosexuales en Barcelona, pone de relieve que varios de sus jóvenes interlocutores reconocen que nunca se hubieran podido declarar homosexuales en sus pueblos o ciudades de origen.

¹³ En la presentación del informe sobre Juventud de Catalunya de 2012, organizado por el Departament de Benestar Social i Família de la Generalitat de Catalunya, en diciembre de 2013, los participantes destacaron que si los jóvenes tenían muy presente un reparto más igualitario de las tareas del hogar que en las generaciones anteriores en sus primeras etapas de convivencia, al llegar el/la primer/a hijo/a el reparto de roles “tradicional” volvía rápidamente y los logros alcanzados hasta entonces en su reparto relativamente equitativo retornaban a modelos más ampliamente extendidos en la sociedad catalana: los padres más presentes en las esferas públicas mientras que las madres reducen su actividad pública para dedicarse al cuidado del hogar y de sus próximos. El grupo AFIN está sacando conclusiones semejantes aunque con una propuesta de redefinir lo que se considera como “cuidados” en su investigación en curso titulada *Hombres cuidadores: Retos y Oportunidades para reducir las desigualdades de género y afrontar las nuevas necesidades del cuidado*, codirigido por la Dra. Dolors Comas (Universitat Rovira i Virgili) y la Dra. Diana Marre (Universitat Autònoma de Barcelona).

realizar un trecho del camino acompañada, guiños, galantería son algunas de estas marcas de exceso de focalización.

Sin embargo, en los lugares públicos actuales se puede observar maneras de actuar de las jóvenes muy diferentes de las de sus madres o abuelas. Michel Fize (2010), sin dedicar un capítulo al tema en su libro sobre las nuevas adolescentes, nos lo deja entrever a lo largo de su análisis. Sentarse en el reposabrazos o en el respaldo de un banco, en pequeños grupos de chicas solas o con chicos, sentarse en el suelo de la plaza o del metro, estirarse en el césped para abrazarse, no parecen incomodarlas. Al analizar las transformaciones de las posturas en los bancos públicos, Michèle Jolé (2002) subraya que, actuando de esta manera, los jóvenes están cambiando las posturas habituales. Experimentan nuevas maneras de hacer “pausas” en la ciudad que también son poses. Exponiendo sus cuerpos en público, ¿están creando nuevos códigos, destituyendo viejos tabúes? o ¿estas actitudes revelan la juventud de estos ciudadanos que, una vez dejada atrás, pasarán a la aparente “normalidad”? ¿En qué medida nuevas articulaciones de género se están negociando en los lugares urbanos actuales y de qué manera nos obligan a replantear nuestra manera de concebir estos espacios?

Para un intento de respuesta a estas preguntas, hay que prestar atención a la capacidad de agencia que toda persona posee en sí misma, es decir, tratar de observar nuestra capacidad creadora que pone a distancia las reglas socialmente establecidas. Más que alimentar y enfatizar los discursos sobre la sumisión de los cuerpos a leyes patriarcales, considero más fértil observar y analizar el baile de los cuerpos, tal y como lo planteaba ya Jane Jacobs a finales de los años 1960, para poner de manifiesto las resistencias de los cuerpos frente a la hostilidad de los lugares, para construir una ciudad como tierra de hospitalidad que satisfaga las necesidades de sus caminantes. Se trata de prestar una atención especial a los “cuerpos en resistencia”, tomado prestado el título a una exposición de 2015 de la fotógrafa y antropóloga Valérie Jouve y preguntarnos cómo estas posturas corporales se ven impactadas por el ritmo de la aceleración generalizada de la movilidad.

3.1. Rutinas, reticencias y resistencias

El cuerpo femenino está atravesado por paradojas. En nuestro trabajo de campo también encontramos usos y percepciones paradójicos de los espacios urbanos por parte de las niñas y adolescentes con quienes transitábamos en sus recorridos cotidianos y de ocio. Frases como “Los callejones estrechos me producen miedo, siempre pienso que me van a pegar, aunque sea una mujer” (Sara, 15 años) demuestran la sensación de miedo frente a espacios como descampados y callejones sin salida, malestar también encontrado entre los chicos con los cuales hemos trabajado. Sin embargo, aquí la joven inyecta una idea más en su declaración, la de que el “ser mujer” le otorga un grado mayor de protección que se anula según ella en este tipo de espacios. Las niñas y adolescentes dicen evitar callejones poco iluminados y espacios baldíos o la presencia inquietante de algunos grupos de chicos. Destacó el carácter ambiguo de los portales que a veces permiten protegerse o, al contrario, reservan sorpresas poco agradables.

Frente a estas situaciones, se elaboran distintas estrategias: “No suele darme mucho miedo, puedo ir andando, pero si escucho un ruido intento juntarme con gente

para que piensen que voy con ellos” (Beatriz, 16 años); “Sin el Marc [un amigo del colegio] me siento segura, pero me siento más segura con el Gabi [su hermano] porque estamos juntos” (Fátima, 13 años). Para no encontrarse con problemas, los más jóvenes evitan traspasar las fronteras del barrio designadas por el padre o la madre. Las mayores explican su estado de nerviosismo al ir por primera vez de noche a un sitio cuya ruta se desconoce y prefieren compartir un taxi para volver de noche a casa. Incluso algunas comentan que prefieren salir de día que hacerlo de noche.

El relato de aproximaciones con diversos grados de agresividad por parte de hombres ha sido expresado de distintas maneras: “Hay sitios que me dan miedo, la gente se mete contigo porque sí, sin ninguna razón, te chilla, te insulta sin ninguna razón (me han dicho) eres muy fea, cosas así” (Sabina, 15 años); “Los viejos me miran. Un día me siguió uno en un coche y me preguntó si era latina” (Marta, 16 años). A través de estos testimonios podemos observar que existe una doble relación con respecto a la seguridad y las estrategias de auto-cuidado. El miedo no es la primera premisa para abordar la calle, pero hay una atención constante que previene de situaciones desagradables, la mayoría de las veces aprovechando el estar con otros en la aglomeración o la compañía de otra persona. El anonimato de los espacios públicos se convierte en un arma de doble filo: los desconocidos pueden representar una potencial amenaza pero también la posibilidad de pasar desapercibido entre la multitud. Este enfrentamiento del miedo a lo desconocido se manifiesta como una estrategia de exploración dentro de unos límites pautados previamente por los adultos: los recorridos acordados para ir a la escuela o al instituto, solventar una ausencia parental a la salida del colegio para llegar sola a casa, ir y venir de las actividades extraescolares o encontrarse con los padres o las madres en un lugar inédito en el repertorio de itinerarios conocidos.

Sara (15 años) nos explica que, a pesar de los “malos rollitos” (que no son el equivalente de miedos, según sus precisiones) que le provoca una parte de un barrio, prefiere pasar por la plaza que califica de “negra” en vez de evitar este sector rodeándolo por otras calles. Considera que es un espacio con mala fama donde pasan cosas desagradables (dice que le han dicho palabrotas, que ha asistido a peleas, hasta incluso a un suicidio) pero prefiere pasar por este atajo donde también a veces se saluda con amigos de su escuela anterior. Estas personas y también la familiaridad con los espacios (donde venía a jugar de pequeña con sus hermanos acompañados de sus padres) le permiten superar acontecimientos y sensaciones que en otras partes de la ciudad podrían ser disuasivas en cuanto a su frecuentación.

En cualquier caso, la movilización de todos estos recursos implica transformaciones en los usos de la ciudad y plantea preguntas sobre quién tiene derecho a ella, a quién le pertenece. En ese sentido, consideramos importante valorar los aportes de las y los más jóvenes al conocimiento y reflexión sobre lo social, surgido de su experiencia de urbanitas que les lleva a consideraciones críticas. Los lugares públicos les ponen en contacto con la diversidad propia y ajena. Al contrario del pensamiento generalizado que les considera como seres inocentes y en formación, tienen apuestas y propuestas con respecto a los modelos establecidos, en las que también entran en juego los discursos familiares, de los amigos, la comunidad educativa y los medios de comunicación; pero todo ello forma el *humus* para su propia articulación de la realidad.

3.2. Explorar, *flanear*, curiosoear o pensar en sus cosas

Pero también encontramos en las interlocutoras curiosidad, tal y como lo dejan entender los testimonios siguientes: “Me gusta el ambiente, el conocer cosas nuevas de afuera”; “Porque a veces voy contemplando las cosas”; “Sería muy aburrido hacer siempre la misma ruta”; “Me meto por las callejuelas a ver qué encuentro: edificios interesantes, la verdad es que descubro muchos lugares, parques, escuelas...”. El aventurarse en sitios que antes han visitado con algún familiar – algunas incluso más allá de las fronteras establecidas por sus padres –, les hacen sentirse libres y autónomas. De hecho son las dos palabras más utilizadas por nuestras interlocutoras para describir la primera vez que salieron solas: “En verdad me siento libre. Como que puedo hacer las cosas por mí misma”. Los portales se convierten en escondites para los más pequeños que tienen autorización de jugar en las callejuelas del barrio. El mobiliario urbano se convierte en parte de un juego o en el desafío a la fuerza de la gravedad. Entre los más grandes, las luces de navidad mitigan el miedo a la oscuridad y la música de “ambiente” que desde los locales comerciales invade la calle se vuelven un atractivo y orientan sus pasos. Se cruzan con grupos de migrantes cuyo origen remoto recomponen, interpretan y descifran. Se extasían ante árboles espléndidos, se fijan en esculturas que emergen del suelo.

Nos hemos encontrado con chicos y chicas de entre 15 y 20 años que experimentan formas de alejarse de los problemas. Explican que les gusta estar solas o internarse en su intimidad deambulando por la ciudad en solitario: “Cuando estoy triste voy al puerto paseando por las Ramblas, para pensar”; “Salgo a pasear pensando en mis cosas”. Una adolescente incluso nos explicó que estas derivas evasivas le permitían estudiar mejor porque en su casa era imposible hacerlo. Sus padres se habían opuesto a que cursara estudios universitarios. El espacio exterior se convertía para esta joven en una burbuja protectora en la cual se sentía en paz con ella misma para concentrarse en sus estudios.

La mayoría de nuestras interlocutoras manifestaron agrado al estar en la calle en compañía de amigos y amigas y las mayores también en solitario. Las actividades más frecuentes varían de acuerdo con la edad, pero todas refieren encuentros en espacios abiertos como parques, plazas y playas para jugar o charlar. Son pocos los casos evocados donde el grupo de amistad se encuentra en lugares retirados. Suelen más bien buscar la presencia de grupos de chicos, intentando algunas interacciones de acercamiento y, a veces, de intercambio. Las de más edad (entre los dieciséis y veinte años) asisten a restaurantes o lugares de fiesta en grupo. Ir de tiendas o mirar escaparates no es una actividad prioritaria, aunque algunas de ellas lo hacen porque el resto del grupo sí encuentra placentero hacerlo. No obstante, algunas de las interlocutoras refieren los centros comerciales de grandes superficies como un lugar de encuentro, algo relativamente nuevo en Barcelona y no tanto para consumir sino para reunirse como lo harían en un parque.

3.3. Dinámicas de grupos

Las primeras incursiones en la ciudad sin adultos se suelen realizar en grupo. De alguna manera la protección parental es sustituida por la protección del grupo. El testimonio de Marta (16 años) lo puso de manifiesto. Para ella, salir a la calle es

sinónimo de disfrutar de libertad, pero si está con sus amigos. Cuando tiene que realizar itinerarios sin nadie, se pone su música y realiza el trayecto sin prestar atención al entorno como si atravesara un túnel entre su casa y el punto de destino. Es sólo cuando está acompañada por sus amigos cuando su disponibilidad y atención se abre al resto de los transeúntes y a las características del espacio transitado.

Destaca la diferencia de actitud en grupos mixtos y en grupos conformados solamente por chicas a la hora de abordar el espacio público. En dos ocasiones se acompañó a grupos de chicas y chicos, quienes se entretenían en la instantaneidad de los acontecimientos y avanzaban como cardúmenes de peces esquivando obstáculos, algunos de ellos constituidos por personas o grupos de personas que desviaban su camino para darles paso. Asimismo, una de las interlocutoras refiere episodios de transgresión mientras cantan rap “a todo trapo” en las calles centrales atiborradas de turistas – con pleno conocimiento de estar subvirtiendo el uso habitual de la calle. Los grupos mixtos en la calle elevan el tono de la voz y de la risa haciendo acopio de lo que ofrece el itinerario, incluida la burla o el asombro frente a lo que encuentran.

En cambio, en los encuentros y recorridos entre dos chicas se observa una menor expansión acústica, una mayor proximidad física y una actitud más sexuada, en el sentido de rasgos considerados como femeninos: en las conversaciones se aborda el tema de los chicos, actúan de manera menos exuberante incluso pareciendo auto-controlarse más que cuando están en compañía de los chicos. Esta observación fue posible gracias al uso de cámaras en la investigación, pues algunos de los itinerarios grupales fueron grabados en vídeo. Más allá de la filmación, observaciones flotantes no intrusivas dejan la misma impresión en la mayoría de casos: mayor expansión acústica y física en grupos de chicos y chicas y menor en grupos pequeños de chicas. Esta evidencia constituye un elemento que necesita una mayor exploración, en la medida en que la presencia de los chicos y lo grupal genera comportamientos conjuntos distintos al paseo en solitario o sin presencia masculina, en cuanto a la percepción del género y a la capacidad de la ciudad para subvertir el orden de forma explícita, más allá de esas otras estrategias menos expansivas que representan las evitaciones.

¿En qué medida nuevas articulaciones de género están apareciendo en los lugares públicos y de qué manera nos obligan a replantear las adjudicaciones tradicionales? Las jóvenes se enfrentan al miedo y a la prevención cuando andan por la ciudad, generando estrategias que se evidencian en los lugares que frecuentan, aquellos que evitan o transitan con más atención y otros que buscan solas o en compañía de amigos para disfrutar de la ciudad. Las iniciativas de acceder, usar y construir los espacios públicos implican la introducción de cambios en las relaciones estáticas de los roles. Generan una negociación de los espacios vedados y los tránsitos conflictivos a través de formas de resistir y transgredir los usos hegemónicos, mediante estrategias de agencia como la evitación, pero también a través del hacer frente con el propio cuerpo, con la presencia; aunque eso signifique enfrentarse al miedo en el uso cotidiano del espacio urbano. Esta persistencia en materializar el derecho a la ciudad por parte de niñas y adolescentes tiene impacto en las actitudes masculinas. Hombres y mujeres deben re-interpretar y negociar nuevos valores que trastocan las relaciones de género tradicionales (Monnet, 2013: 229). Al lado del uso utilitario de la ciudad, niñas y jóvenes también realizan paseos, derivas y deambulaciones que forman parte de su geografía emocional; los consideran un espacio de reflexión donde encuentran distensión y aislamiento en medio del bullicio y a través de la fragmentariedad de

acontecimientos que recorren y agencian como fórmula para situarse frente a lo que les ocurre.

4. Aperturas: del impacto de los pasos de las adolescentes en la ciudad

Toda persona nace en un sistema cultural y social que la preexiste y que en parte la determina; pero aunque los roles estén codificados, los seres humanos tenemos capacidad real de transgresión y resistencia. Más que construirse en un espacio, la persona lo hace en un espacio de relaciones y oposiciones. Sólo hay identidad si hay reconocimiento por parte de otros. El reconocimiento de la identidad por parte de los demás es un proceso en constante elaboración a partir del momento en que el joven sale de su círculo de “familiaridad”.

Los espacios nacen de las relaciones de poder como nos lo demuestra la historia de las ciudades occidentales. Las relaciones de poder establecen normas y las normas definen límites tanto espaciales como sociales. Sin embargo, los espacios se ven impactados también por los usos. Como lo describe Michel De Certeau en su capítulo titulado “Del concepto de la ciudad a las prácticas urbanas” (1999: 142-147), en la vida cotidiana, hombres y mujeres de la muchedumbre van y vienen, circulan, desbordan y ejercen todo tipo de derivas en la trama que les está impuesta, pero que adoptan y utilizan en función de su entendimiento. El caminante y la caminante urbanos dan vida a una ciudad “trashumante o metafórica que se insinúa en el texto claro de la ciudad planificada y legible” (De Certeau, 1999: 142). Aprovechan los accidentes del terreno, se acomodan a su entorno pasando entre las rocas y los laberintos de las redes institucionales que ellos erosionan y desplazan sin que el orden oficial sepa nada o casi nada. Sus estrategias y combinaciones de poder sin identidad legible ni transparencia racional son imposibles de manejar. Los lugares de paso son “conformaciones espaciales” (De Certeau, 1999: 147). Estas habilidades motoras espacializan la trama de los lugares, precisa de Certeau.

Las tácticas urbanas de las mujeres permiten a las ciudadinas transgredir los usos pautados de los espacios urbanos e inventar formas particulares de apropiarse y reinventar su espacio. Como bien escribe Thierry Paquot: “Toute ville est genrée, aux habitants de faire en sorte qu’elle soit partagée!” (Paquot, 2015: 129). Para este autor, si no se puede poner en cuestión que las ciudades reflejan las desigualdades de género, sus habitantes pueden alterar el orden establecido, fomentando nuevos usos de los lugares públicos. Tomar sitio (*prendre place*), acceder, usar el espacio urbano implican la introducción de cambios en las relaciones de roles.

Ciertamente, en la actualidad las mujeres continúan beneficiándose de los efectos liberadores de las ciudades, aunque, por otro lado, experimentan fenómenos de exclusión económica y social. Se trata de desvelar y analizar las lógicas sociales que permiten que un lugar público sea algo más que un simple territorio de accesibilidad y circulación, una red de relaciones inestables entre desconocidos o apenas conocidos, una proliferación constante y cambiante. La urbanidad occidental contemporánea solamente ha atenuado la noción de vínculo que une a un sexo prioritariamente al espacio de la residencia y al otro al exterior de ella –aunque ya no sea de forma exclusiva –, pero no ha puesto fin a esa tendencia. ¿La urbanidad siglo XXI permitirá “desexuar” la distinción público/privado, es decir, separar la definición de las

esferas de los roles sexuados? ¿Las iniciativas de las jóvenes tendrán la capacidad de modificar la “hipercorporización [de] los cuerpos subalternos, siempre feminizados y racializados” (Valcuende del Río y Vásquez Andrade 2016: 307)?

En este sentido, la distinción binaria de los sexos se cruza con otras variables en el caso de las jóvenes adoptadas que, además de mujeres, pueden llegar a ser distanciadas de su derecho a la ciudad por los prejuicios y los estereotipos de la pertenencia, por su apariencia física que las reenvía a otro grupo discriminado: las personas inmigradas. Como bien subraya Saïd Belguidoum, quien analiza los procesos de identificación de los jóvenes que viven en los suburbios franceses, el estatus de extranjero se les pega a la piel cuestionando la realidad de su ciudadanía francesa. “La mirada del otro, de la sociedad, de los que viven en los barrios altos, hasta la gente en la calle, condiciona y provoca un comportamiento al borde de la paranoia” (Belguidoum, 2000:12). Nos pone el ejemplo del testimonio de Slimane que le dice que “Hay tanta gente que nos dice que no estamos aquí en nuestra casa (*chez nous*) que al final nos lo acabamos creyendo” (Belguidoum, 2000: 12). Subraya también que cuanto más fragilizado está el joven más sensible es al racismo. Así el peso de las representaciones, la interiorización de la etnicidad, impactan en los procesos de identificación de estos jóvenes. Procesos que, si bien no hemos detectado con tanta virulencia entre nuestros y nuestras interlocutores, se notaban latentes. Respecto al género, Elizabeth Wilson considera que el discurso de la hostilidad de la ciudad hacia las mujeres promueve el paternalismo. Sostiene que la resolución de los problemas de convivencia en las ciudades exige un enfoque distinto que pasa necesariamente por el reconocimiento amplio de libertad y autonomía para todas las clases y los grupos: “Debemos dejar de percibir la ciudad como una zona peligrosa y desordenada donde las mujeres y otros han sido excluidos de su protección” (Wilson 1991: 9). Estemos pues atentas y atentos a las pequeñas iniciativas portadoras tal vez de cambios importantes en el futuro. Entre ellos habría que tener en cuenta los cambios que está generando el uso de las tecnologías de la información y de la comunicación (las llamadas TICs) que modifican fuertemente nuestra relación con el espacio y están rearticulando las nociones de público, privado e íntimo.

5. Referencias bibliográficas

- Arias, D. (2017). Etnografía en movimiento para explorar trayectorias de niños y jóvenes en Barcelona. *Revista de Antropología Social*, 26(1), 93-112.
- Ariès, Ph. (1993). *L'enfant et la rue*. En Ph. Ariès, *Essais de mémoire, 1943-1983* (pp. 233-254). Paris: Ed. Le Seuil.
- Ariès, Ph., Duby, G. (Eds.) (1989 [1987]). *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus ediciones.
- Belguidoum, S. (2000). Stigmatisation et bricolage identitaire: le vécu de l'entre-deux. *Colloque international «Les lignes de front du racisme. De l'espace Schengen aux quartiers stigmatisés»*. Institut Maghreb-Europe, Université Paris 8 (en línea). <https://hal.archives-ouvertes.fr/halshs-00940455/document>
- Coutras, J. (1996). *Crise urbaine et espaces sexués*. Paris: Armand Colin.
- Davidoff, L., Hall, C. (2014). *Family Fortune; Hommes et femmes de la bourgeoisie anglaise, 1780-1850*. Paris: La Dispute.

- De Certeau, M. (1999 [1980]). *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*. Paris: Gallimard.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas; pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Fize, M. (2010). *Les nouvelles adolescentes*. Paris: Armand Colin.
- Gauzin-Müller, D. (2015). De l'aire de jeux au terrain d'aventures. En Th. Paquot (Ed.), *La ville récréative* (pp. 99-114). Gollion (Suiza): In folio.
- Giglia, A. (2013). *El habitar y la cultura; perspectivas teóricas de investigación*. México D. F.: Anthropos -Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.
- Goffman, E. (1977). The Arrangement between the Sex. *Theory and Society*, 4(3), 301-331.
- Jacobs, J. (2011 [1961]). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Salamanca: Capitán Swing Libros.
- Jolé, M. (2002). Quand la ville invite à s'asseoir; le banc public parisien et la tentative de la déposer. *Les Annales de la recherche urbaine*, 94, 107-115.
- Jouve, V. (2015). *Corps en résistance*. Paris: Filigranes Éditions.
- Le Bras, H. (2015). Enfants en et hors villes: rappel historique. En Th. Paquot (Ed.) *La ville récréative* (pp. 35-44). Gollion (Suiza): In folio.
- Lewis, P., Torres, J. (2010). Les parents et les déplacements entre maison et l'école primaire: quelle place pour l'enfant dans la ville? *Enfances, Familles, Générations*, n°12, 44-65 (en línea). <http://www.efg.inrs.ca/>
- Monnet, N. (2013). Flanancias femininas e etnografía. *Redobra*, 4(11), 218-234.
- Monnet, N. (2016). Crecer en la ciudad: entre prohibiciones parentales y deseos de libertad. *Publicacions AFIN* n°89 (diciembre), 12p. (en línea). https://ddd.uab.cat/pub/afin/afinSPA/afin_a2016m12n89iSPA.pdf
- Monnet, N., Arias, D. (2016). Se déplacer sans adultes en ville: récits d'autonomie de jeunes barcelonais. *Jeunesse: Young People, Texts, Cultures* (Special Issue of *Jeunesse* on Mobility), 8(1), 89-110.
- Monnet, N., San Román, B., Marre, D. (2016). Étrangers dans leur ville. Les jeunes issus de l'adoption internationale à Barcelone. *Ethnologie française*, XLVII, 2, 335-346.
- Nesci, C. (2007). *Le Flâneur et les flâneuses. Les femmes et la ville à l'époque romantique*, Grenoble: ELLUG/Université Stendhal, coll. « Bibliothèque stendhalienne et romantique ».
- Paquot, Th. (Ed.) (2015). *La ville récréative*. Gollion (Suiza): In folio.
- Perrot, M. (2013). *Histoire de chambres*. Paris: Points.
- Perrot, M., Becharan, N. (2011). Deux mille ans dans la vie d'une femme. En F. Héritier, M. Perrot, S. Agacinski, N. Bacharan, *La plus belle histoire des femmes* (pp. 85-250). Paris: Ed. Le Seuil, coll. Points.
- Petiteau, J.-Y., Pasquier, E. (2001). La méthode des itinéraires: récits et parcours. En M. Grosjean, J.-P. Thibaud (Eds.), *L'espace urbain en méthodes* (pp. 63-78). Marseille: Ed. Parenthèses.
- Pétonnet, C. (1987). L'anonymat ou la pellicule protectrice, *Le temps de la réflexion*, VIII (La ville inquiète), 247-261.
- Rivière, C. (2012). Les enfants: révélateurs de nos rapports aux espaces publics, *Métropolitiques*, 18 de Junio de 2012. (en línea). <https://www.metropolitiques.eu/Les-enfants-revelateurs-de-nos.html>
- Robin, R. (2009). *Mégalopolis; les derniers pas du flâneur*. Paris: Ed. Stock.
- Simmel, G. (1989 [1918]). *Philosophie de la modernité; la femme, la ville, l'individualisme*. Lausanne: Payot.
- Thibaud, J.-P. (2001). La méthode des parcours commentés. En M. Grosjean, J.-P. Thibaud (Eds.), *L'espace urbain en méthodes* (pp. 79-99). Marseille: Ed. Parenthèses.

Thiércé, A. (1999). *Histoire de l'adolescence (1850-1940)*. Paris: Belin.

Tomas, F. (2001). L'espace public: un concept moribond ou en expansion? *Géocarrefour*, 76/1, 75-84.

Valcuende del Río, J.-M., Vásquez Andrade, P. (2016). Orden corporal y representaciones raciales, de clase y género en la ciudad de Cuenca (Ecuador). *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 48/2, 307-317.

Wilson, E. (1991). *The Sphinx in the City*. Londres: Virago.

Wolff, J. (1985). The invisible flâneuse: women and the literature of modernity. *Theory, Culture and Society* 2, n° 3, 37-46.